

lucha forzada e inexplicable; pero María padecía quizá más aún que su pobre Teresita. Al fin, tras inútiles esfuerzos para dárseme a conocer, volvióse a Leonia, le dijo algo callandito y desapareció, pálida y temblorosa.

Leonia me llevó luego cerca de la ventana, y vi en el jardín, sin reconocerla todavía, a María, que caminaba despacito, tendiéndome los brazos, sonriéndome y llamándome, con su más tierno acento: «¡Teresa! ¡Teresita mía!» Viendo que esta segunda tentativa no daba mejor resultado que la primera, se arrodilló llorando mi querida hermana al pie de mi cama, y volviéndose hacia la Virgen bendita, rogóla con el fervor de una madre que pide, que *exige*, la vida de su hija. Leonia y Celina hicieron lo mismo; aquella oración fue el grito de fe que forzó la puerta del cielo.

26. No encontrando auxilio alguno en la tierra, y casi a punto de morir de dolor, habíame vuelto yo también hacia mi Madre del cielo, pidiéndole con toda mi alma que tuviera por fin compasión de mí.

De repente se animó la imagen, la Virgen Santísima tornóse hermosa, pero de una hermosura tan divina, que jamás encontraré palabras para describirla. Su rostro respiraba inefable dulzura, bondad, ternura; pero lo que me penetró hasta el fondo del alma fue su *hechichera sonrisa*. En aquel mismo instante se desvanecieron todas mis penas, y dos gruesas lágrimas brotaron de mis ojos deslizándose silenciosamente... ¡Ah, eran lágrimas de purísimo gozo celestial! *¡La Santísima Virgen se ha acercado a mí; me ha sonreído!... ¡Qué feliz soy!*, pensé yo. *Mas no lo diré a nadie, porque esto haría desvanecer mi felicidad.* Volví luego la vista, y, sin ningún esfuerzo, reconocí a mi querida María; me miraba con amor, parecía hondamente conmovida, como si sospechase el gran favor que acababa yo de recibir.

Indudablemente que a ella, a su conmovedora plegaria, debía yo la gracia incomparable de la *sonrisa de la Santí-*

sima Virgen. Al ver mi mirada fija en la bendita imagen, dijo para sí: «Teresita está curada» ¡Sí, la *florecita* iba a renacer a la vida; un rayo luminoso de su *dulce sol* la había calentado y librado para siempre de su cruel enemigo! «Pasó el sombrío invierno, cesaron las lluvias», y la flor de la Virgen María se fortaleció de tal manera que cinco años después, se abrió lozana en la fértil montaña del Carmelo.

27. Según ya dije, María tenía la persuasión de que la Santísima Virgen, al devolverme la salud, me había concedido alguna gracia secreta; de modo que cuando me encontré sola con ella, no pude resistir a sus tiernas e insistentes preguntas. Sorprendida al ver descubierto mi secreto sin que yo hubiera dejado escapar una sola palabra, se lo confié enteramente.

Por desgracia, no me había equivocado; ¡iba a desaparecer mi felicidad convirtiéndose en amargura! El recuerdo de aquel beneficio inefable constituyó para mí, durante cuatro años, una verdadera congoja del alma; no había de recobrar mi dicha sino a los pies de Nuestra Señora de las Victorias en su bendito santuario. Allí me fue devuelta en toda su plenitud; más adelante hablare de esta segunda gracia.

28. He aquí como se trocó en tristeza mi alegría: Después de haber oído María el relato ingenuo y sincero de *mi gracia*, me rogó que le diera permiso para referirlo todo en el Carmen; no podía negárselo. Mi primera visita a este bendito convento, me llenó de alegría al ver a mi Paulina con el hábito de la Virgen Santísima. ¡Qué deliciosos instantes fueron aquellos para las dos! ¡Teníamos tantas cosas que contarnos! ¡Habíamos sufrido tanto! Yo, por mi parte, apenas podía hablar, tenía el corazón demasiado lleno...

También estaba allí la buena Madre María de Gonzaga. ¡Ah, de cuántas pruebas de afecto me colmó! Vi tam-

bién a otras religiosas, quienes me interrogaron sobre el milagro de mi curación, preguntándome unas si la Santísima Virgen llevaba al Niño Jesús; otras, si los ángeles la acompañaban, etc. Llenáronme de turbación y pena tales preguntas; una sola cosa podía responder: -La Virgen Santísima me pareció muy hermosa; la vi adelantarse hacia mí y sonreírme.

29. Comprendiendo que las Carmelitas se imaginaban otra cosa muy diferente, me figuré haber mentido. ¡Oh, si hubiese guardado mi secreto, hubiera conservado también mi felicidad! Pero la Virgen María permitió este tormento para bien de mi alma; de otra manera tal vez se hubiera deslizado la vanidad en mi corazón, mientras que así la humillación vino a ser mi patrimonio; no podía mirarme sin experimentar un sentimiento de profundo horror. ¡Dios mío, sólo Vos sabéis lo que padecí!

CAPITULO IV

PRIMERA COMUNION.-CONFIRMACION LUCES Y TINIEBLAS.-NUEVA SEPARACION GRACIOSA REDENCION DE SUS PENAS INTERIORES

1. En la narración que hago de aquella visita al Carmen, me acuerdo de la primera que hicimos después de la entrada de Paulina. En la mañana de aquel día, me preguntaba a mí misma qué nombre me pondrían más tarde. Sabía que existía una Sor Teresa de Jesús; sin embargo, no podía renunciar a mi hermoso nombre de Teresa. De pronto pensé en el niño Jesús, a quien tanto amaba, y me dije: «¡Oh, qué feliz sería si pudiera llamarme *Teresita del Niño Jesús!*» Pero me guardé muy bien de expresar este deseo. Con todo, ¿cuál no sería mi alegría al oír que la M. Piora me decía en el curso de la conversación: «Cuando venga con nosotras, querida hijita, se llamará *Teresita del Niño Jesús*». Esta feliz coincidencia de ideas me pareció una delicadeza de mi amadísimo Niño Jesús.

2. Nada he dicho todavía de mi afición a las estampas y a la lectura; con todo, debo a las preciosas estampas que me mostraba V. R., Madre querida, una de las alegrías más dulces e impresiones más profundas que me hayan estimulado a la práctica de la virtud. En su contemplación olvidaba las horas. Por ejemplo, «la florecita del divino Prisionero» me decía tantas cosas, que me quedaba estática mirándola; me ofrecía a Jesús como florecita suya, ansiaba consolarle, acercarme también juntito al tabernáculo, ser mirada, cultivada y tomada por El.

3. Como no sabía jugar, me hubiera pasado la vida leyendo. Afortunadamente, tenía para que me guiaran en aquel terreno ángeles visibles, que me elegían los libros adecuados a mi edad, propios para recrearme y alimentar a la vez mi espíritu y mi corazón. No debía emplear en aquella distracción predilecta sino tiempo muy limitado, y a menudo era esto para mí ocasión de grandes sacrificios. Porque tan pronto como transcurría el tiempo prescrito, consideraba como un deber interrumpir inmediatamente la lectura, aunque fuera en mitad del pasaje más interesante.

Respecto a la impresión producida por aquellas lecturas, debo confesar que, al leer ciertas narraciones caballerescas, no siempre comprendía lo positivo de la vida. Así es que, admirando las patrióticas acciones de las heroínas francesas, particularmente de la Venerable Juana de Arco, sentía gran deseo de imitarlas.

4. Recibí entonces una gracia que he considerado siempre como una de las mayores de mi vida, ya que en aquella edad no me veía favorecida, como lo estoy ahora, por las luces de lo alto.

Jesús me hizo comprender que la única gloria verdadera es la que ha de durar siempre; que para alcanzarla no es necesario llevar a cabo obras ostentosas, sino más bien esconderse a los ojos de los demás y aun a los de uno mismo, de suerte que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha.

Pensando entonces que había nacido para la gloria, y buscando el modo de alcanzarla, me fue revelado interiormente que mi gloria no aparecería jamás a los ojos de los mortales, sino que consistiría en llegar a ser santa.

5. Parece esto un despropósito, si se considera cuán imperfecta era yo entonces y cuánto lo soy todavía después de tantos años pasados en religión; a pesar de esto, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una *gran santa*. No cuento con mis méritos, puesto que

no tengo ninguno; mas espero en Aquel que es la Virtud y la Santidad misma. El solo es quien, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta su grandeza, me cubrirá con sus méritos y me hará santa.

No creía entonces que era necesario sufrir mucho para llegar a la santidad; mas no tardó el Señor en descubrirme este secreto por medio de las tribulaciones relatadas anteriormente.

* * *

6. Continuaré ahora mi narración desde el punto donde la dejé.

Tres meses después de mi curación, me hizo realizar papá un viaje muy agradable; entonces empecé a conocer el mundo. Todo era gozo y felicidad en torno mío; me veía festejada, mimada, admirada; en una palabra, durante quince días no encontré más que flores en el camino de mi vida. La Sabiduría tiene razón en decir que *el hechizo de la vanidad pervierte el ánimo inocente*. A los diez años, el corazón se deja deslumbrar con facilidad; confieso que aquella vida tuvo embelesos para mí. ¡Ay! ¡Cómo sabe el mundo juntar muy bien los goces de la tierra con el servicio de Dios! ¡Qué poco piensa en la muerte!

Esto no obstante, la muerte ha visitado ya a muchas de las personas que conocí entonces, jóvenes, ricas y felices. Me gusta volver con la imaginación a los agradabilísimos lugares donde vivieron, preguntándome en dónde están y qué provecho les reportan hoy los palacios y los parques donde las vi disfrutar de las comodidades de la vida, y pienso que *todo en la tierra es vanidad menos amor a Dios y servirle a El sólo*.

7. Quizá quería Jesús darme a conocer el mundo antes de visitar mi alma por vez primera, a fin de dejarme elegir con más seguridad el camino que debía prometerle seguir.

8. Mi primera Comunión será siempre para mí un recuerdo sin nubes. Me parece que no hubiera podido estar mejor preparada. ¿Se acuerda V. R., Madre mía, del precioso librito que me dio tres meses antes del gran día? Este gracioso medio me preparó de un modo continuo y rápido. Aunque hacía tiempo que pensaba en mi Primera Comunión, era menester dar a mi alma nuevo impulso y llenarla de flores frescas, como estaba consignado en el precioso manuscrito. Cada día, pues, hacía numerosos sacrificios o actos de amor de Dios, que se transformaban en otras tantas flores; tan pronto eran violetas, como rosas, ya acianos, ya margaritas, ya miosotas; en resumen, todas las flores de la naturaleza debían formar en mi corazón la cuna de Jesús.

9. Tenía también a María, que hacía conmigo las veces de Paulina. Todas las noches permanecía largo rato con ella, ávida de escuchar sus palabras. ¡Qué cosas tan hermosas me decía! Me parecé que su corazón, tan grande, tan generoso, pasaba por entero al mío. A semejanza de los antiguos guerreros que enseñaban a sus hijos el manejo de las armas, me enseñaba ella el combate de la vida, excitando mi ardor y mostrándome la gloriosa palma. Hablábame también de las riquezas inmortales, tan fáciles de acumular cada día, y de nuestra infelicidad al pisotearlas, cuando no hay más que inclinarse, por decirlo así, para recogerlas.

10. ¡Qué elocuente era esta hermana querida! Me hubiera gustado que otras personas se aprovecharan de sus profundas enseñanzas; en mi ingenuidad creía que, oyéndola, se convertirían los más empedernidos pecadores, abandonando sus perecederas riquezas para buscar sólo las del cielo. Me hubiera sido muy grato hacer la oración mental por aquel entonces; pero María me juzgaba ya lo bastante piadosa sin ella, y sólo me permitía mis oraciones vocales. Un día me preguntó una de mis maestras de

la Abadía en que me ocupaba los días de vacaciones si no salía de casa. Le respondí tímidamente: –Señora, muchas veces me escondo en un rincón de mi cuarto, que puedo cerrar fácilmente con las cortinas de mi cama, y allí *estoy, pensando...* –Pero, ¿en qué piensas?– me replicó riendo la buena religiosa. –Pienso en Dios, en la fugacidad de la vida, en la eternidad; en una palabra, *¡pienso!*– No olvidó mi maestra esta reflexión mía, pues más tarde se complacía en recordarme el tiempo en que *yo pensaba*, preguntándome *si continuaba pensando...* Hoy comprendo que lo que hacía entonces era verdadera oración, en la cual el divino Maestro instruía suavemente ni alma.

11. Los tres meses de preparación a mi Primera Comunión se deslizaron muy aprisa; presto llegó la hora de entrar en retiro. Pasé aquellos días benditos como pensionista en la Abadía; no creo que, fuera de las Comunidades religiosas, pueda disfrutarse de alegría semejante a la de aquellos ejercicios. Como el número de niñas suele ser reducido, es más fácil atender a cada una en particular. Con filial agradecimiento declaro que nuestras maestras de la Abadía nos prodigaron en aquella ocasión cuidados realmente maternos. No sé la razón, pero es lo cierto que me daba perfectamente cuenta de ser yo objeto particular de su solicitud. Cada noche venía la primera maestra con su linternita, entreabría sigilosamente las cortinas de mi cama y depositaba un tierno beso en mi frente. Me demostraba tanto cariño, que, agradecida a su bondad, le dije una noche: –¡Ay, Madre, la quiero a usted tanto, que voy a confiarle un gran secreto!– Saqué entonces misteriosamente el librito del Carmen, que tenía escondido debajo de la almohada, y se lo enseñé con los ojos radiantes de alegría. La madre lo abrió cuidadosamente, lo hojeó con atención y me hizo notar que gozaba yo de muchos privilegios. Efectivamente, muchas veces, durante los ejercicios, tuve ocasión de apreciar que muy pocas niñas, pri-

...as como yo de madre, están rodeadas de tanto cariño como lo estaba yo en aquella edad.

12. Escuchaba muy atentamente las instrucciones que nos daba el Rdo. señor Domin y las resumía después con esmero. En cuanto a mis pensamientos, no quise apuntar ninguno, diciendo que jamás los olvidaría; y así fue, en efecto.

13. ¡Con qué gusto asistía a todos los oficios como las religiosas! Llamaba la atención entre mis compañeritas por un gran crucifijo que me había dado mi querida Leonia y llevaba yo en el cinturón como los misioneros; con esto creyeron que quería imitar a mi hermana la carmelita. Hacia ella, efectivamente, volaba con frecuencia mi pensamiento y mi corazón. Sabía que estaba también en ejercicios, no para que Jesús se diera a ella, sino para darse ella por entero a Jesús, y esto el mismo día de mi Primera Comunión. Aquella soledad pasada en la expectativa fue, pues, doblemente grata.

14. ¡Por fin amaneció para mí el día más hermoso de la vida! Los detalles más mínimos de aquellas horas celestiales dejaron en mi alma indeleble recuerdo: el alegre recuerdo de la aurora, los respetuosos y tiernos besos de nuestras maestras y compañeras mayores, el cuarto donde nos vestimos, lleno de los *niveos copos* de que se revestía a su vez cada niña, y sobre todo la entrada en la capilla y el cántico matinal.

¡Santo altar que circundan los ángeles!

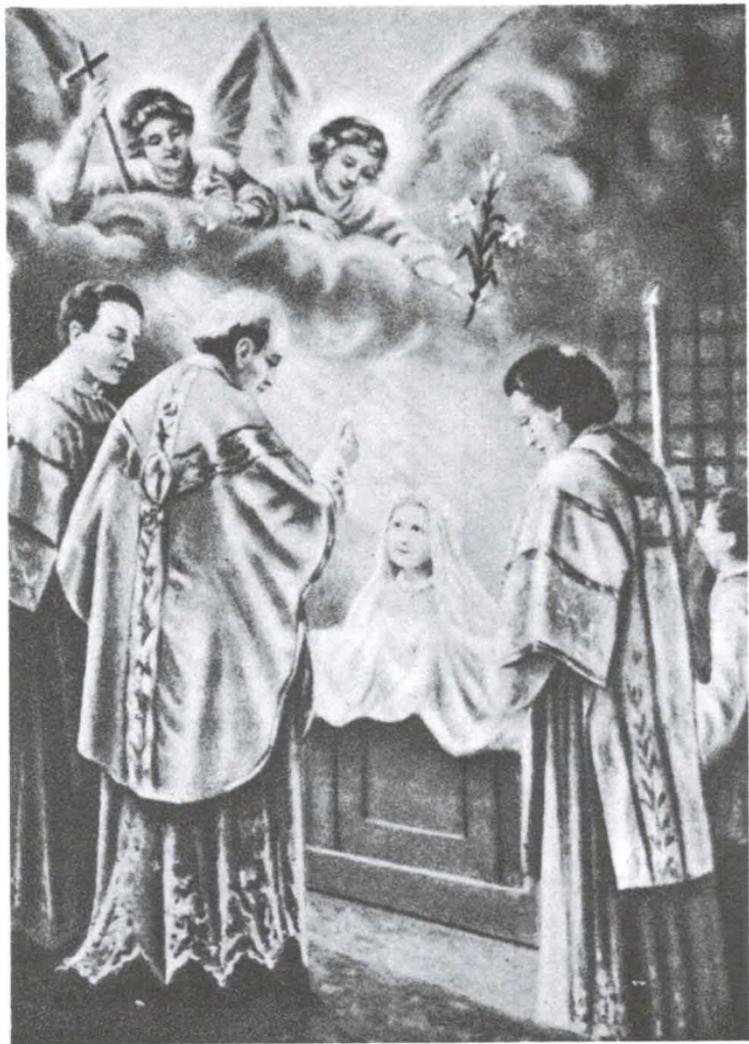
Más no quiero ni podría decirlo todo... porque hay cosas que pierden su fragancia en cuanto se las expone al aire; pensamientos íntimos que no pueden traducirse en el lenguaje de la tierra sin que pierdan luego su sentido profundo y celestial.

15. ¡Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! ¡Sí, fue un beso de amor! Sentíame amada y repetía a mi vez: «¡Os amo, me entrego a Vos para siempre! Jesús no me pidió nada, no exigió de mí ningún sacrificio. Hacía ya mucho tiempo que El y Teresita se habían mirado y comprendido; aquel día no pudo llamarse nuestro encuentro simple mirada, sino verdadera *fusión*. Ya no éramos dos: Teresita había desaparecido, como la gota de agua se pierde en el océano; Jesús queda solo, como Dueño y como Rey. ¿No le había suplicado Teresa que le arrebatase su libertad? Aquella libertad la aterraba; se sentía tan débil, tan frágil, que quería unirse para siempre a la Fortaleza divina.

16. Y llegó a ser su gozo tan grande, tan profundo, que se desbordó de pronto en lágrimas deliciosas, con gran extrañeza de sus compañeritas, que luego se preguntaban unas a otras: «¿Por qué ha llorado? ¿Tendrá algún escrúpulo de conciencia? ¿O sería tal vez por la ausencia de su madre o de su hermana la carmelita, a quien tanto ama?»

Nadie comprendía que, viniendo a un corazón toda la alegría del cielo, este corazón desterrado, débil y mortal, no pueda sobrellevarla sin derramar lágrimas... ¿Cómo iba a causarme pena la ausencia de mi madre el día de mi Primera Comunión, si al recibir la visita de Jesús recibía también la suya, puesto que todo el cielo habitaba en mi alma? No lloraba tampoco la ausencia de Paulina; ¡estábamos más unidas que nunca! No, lo repito, tan sólo una alegría inmensa y profunda llenaba mi corazón.

17. Por la tarde leí en nombre de mis compañeras el acto de consagración a la Virgen Santísima. Sin duda me eligieron mis maestras en razón de haberme visto privada desde muy niña de mi madre terrenal. Con toda la vehemencia de mi corazón me consagré a la Virgen María y le rogué que velara por mí. Me pareció que miraba con amor a su *florequilla* y que le sonreía otra vez. Recordaba



«¡SANTO ALTAR QUE CIRCUNDAN
LOS ANGELES!»
(De un cuadro de Celina)



«¡QUE DULCE FUE EL BESO DE JESUS
A MI ALMA!»

aquella sonrisa *visible* que tiempo atrás me había curado y salvado. Bien sabía yo cuánto le debía. ¿Por ventura, aquella misma mañana del 8 de mayo del año 1884, no había venido ella misma a depositar en el cáliz de mi alma a Jesús, *la flor de los campos y el lirio de los valles*?

18. En la tarde de aquel hermoso día encaminóse mi padre al Carmen llevando de la mano a su *Reinecita*, y vi a mi Paulina convertida en esposa de Jesús; la vi con su velo blanco, como el mío, y su corona de rosas. Mi alegría fue sin mezcla alguna de amargura, pues pensaba ir a reunirme muy pronto con ella, y esperar a su lado el cielo...

19. No fui insensible a la fiesta de la familia preparada en los Buissonnets. El bonito reloj que me regaló mi padrecito me gustó muchísimo, pero mi alegría era tranquila; nada podía turbar la paz íntima de que gozaba. Llegó la noche y terminó aquella hermosa tarde; aun los días más radiantes van seguidos de tinieblas; sólo el día de la primavera, de la eterna comunión de la patria celestial no tendrá ocaso!

20. El día siguiente apareció a mis ojos cubierto con cierto velo de melancolía. ¡Los lindos vestidos y los regalos que había recibido, no llenaban mi corazón! En adelante sólo Jesús podría contentarme y no suspiraba si no por el feliz instante en que le recibiría por segunda vez. Hice aquella segunda comunión el día de la Ascensión, teniendo la felicidad de arrodillarme a la Sagrada mesa entre papá y mi queridísima María. Volvieron a correr mis lágrimas con inefable dulzura, y recordaba y repetía sin cesar las palabras de San Pablo: *¡No soy yo quien vivo, es Jesús quien vive en mí!* Después de esta segunda visita de Dios, todo mi anhelo consistía en recibirle, lo que me permitieron en todas las fiestas principales. ¡Qué distantes me parecían entonces las fiestas!...

21. La víspera de esos afortunados días me preparaba María, como lo había hecho para mi primera Comunión; recuerdo que una vez me habló del sufrimiento, diciéndome que en vez de conducirme Dios por ese camino, tal vez me llevaría siempre en brazos como a un niño. Al acudirme estas palabras a la memoria después de la comunión del día siguiente, encendieron mi corazón en ardentísimos deseos de sufrir, con la íntima convicción de que me estaban reservadas muchas cruces. Vióse entonces inundada mi alma de tan grandes consuelos, como jamás volví a experimentar en mi vida. El padecer trocoseme en atractivo, descubrí en él hechizos que me arrobaron sin conocerlos bien todavía.

22. Otro grandísimo deseo experimenté igualmente: el de no amar más que a Dios, el de no encontrar alegría sino en El únicamente. A menudo, durante mis acciones de gracias, repetía aquel pasaje de la *Imitación*: «¡Oh Jesús, dulzura inefable, trocad para mí en amargura todos los consuelos de la tierra! Estas palabras me salían sin esfuerzo ninguno de los labios; las pronunciaba como repite un niño, sin entenderlo mucho, lo que inspira una persona amiga. Más adelante le diré, Madre mía, cómo se complació nuestro Señor en realizar mi deseo; y cómo El solo fue siempre el consuelo inefable de mi alma. Si tratara ahora de ello, me vería precisada a anticipar el relato de mi adolescencia; mas tengo que darle aún muchos pormenores de mi infancia.

23. Poco después de mi Primera Comunión volví a entrar en ejercicios para recibir la confirmación. Me preparé con grande esmero a recibir la visita del Espíritu Santo; no concebía que hubiese quien no pusiera muchísima solicitud en la recepción de este sacramento de amor. Como la ceremonia no pudo celebrarse el día señalado, tuve el consuelo de prolongar algún tanto mi soledad. ¡Ah, cuán alegre estaba mi alma! A semejanza de los

Apóstoles, esperaba yo con júbilo al Consolador prometido; me regocijaba la idea de ser en breve perfecta cristiana y de llevar eternamente grabada en la frente la misteriosa cruz de este sacramento inefable.

No sentí el impetuoso viento de la primera fiesta de Pentecostés, sino más bien aquella *ligera brisa* cuyo murmullo oyó el profeta Elías en la montaña de Horeb. Recibí aquel día *la fortaleza* para padecer, fortaleza que me era muy necesaria, pues presto iba a comenzar el martirio de mi alma.

24. Pasadas aquellas deliciosas e inolvidables fiestas, tuve que reanudar mi vida de colegiala. Aprovechaba mucho en los estudios y recordaba fácilmente el sentido de las cosas, pero tenía dificultad extrema en aprenderlas de memoria. Sin embargo, logré ver coronados mis esfuerzos en el catecismo. Llamábame el señor Capellán su *doctorcito*, sin duda a causa de mi nombre de Teresa.

Durante el recreo, me divertía a menudo viendo jugar de lejos a mis compañeras y entregándome a la vez a reflexiones serias. Esta era mi distracción favorita. Había inventado también otro juego que me gustaba mucho; buscaba cuidadosamente a los pobres pajaritos que encontraba muertos bajos los árboles, y les daba a todos *honrosa* sepultura, en un mismo cementerio, a la sombra del mismo césped. Otras veces me entretenía en relatar historias a mis compañeras, entre las cuales mezclábanse a menudo algunas alumnas mayores; pero nuestra prudente maestra me prohibió luego que continuara mi oficio de orador, queriendo vernos *correr* y no *discurrir*.

25. Elegí por aquel tiempo como amigas a dos niñas de mi edad; pero ¡ah, qué pequeño es el corazón de las criaturas! Una de ellas tuvo que volver a su casa por algunos meses; acordéme mucho de ella durante su ausencia, y demostré gran alegría al volver a verla. Mas ¡ay! sólo obtuve de ella una mirada indiferente; no era correspondida mi amistad. Lo sentí con toda mi alma; mas des-

de entonces dejé de mendigar cariño tan inconstante. Con todo, Dios me ha dotado de un corazón tan fiel, que cuando ha amado, sigue amando constantemente; por eso continúo encomendando a Dios aquella compañera; por eso la quiero todavía. Al ver que muchas alumnas se aficionaban particularmente a una maestra, quise imitarlas, mas no pude conseguirlo. ¡Oh feliz impotencia!, ¡ide cuántos males me has librado! ¡Cuánto agradezco al Señor que sólo me haya hecho encontrar amarguras en las amistades de la tierra! Con un corazón como el mío me hubiera dejado cautivar y cortar las alas; y entonces, ¿Cómo hubiera podido *volar y descansar*? Imposible es que pueda unirse estrechamente con Dios el corazón entregado al cariño humano. ¡He visto tantas almas, seducidas por esa falsa luz, precipitarse en ella como incautas mariposas, quemarse las alas, y tornar luego heridas a Jesús, fuego divino que abrasa sin consumir!

26. ¡Ah!, bien lo sé; nuestro Señor me conocía demasiado débil para exponerme a la tentación; sin duda me hubiera quemado enteramente en la engañosa luz de las criaturas; mas no brilló ante mis ojos. Allí donde las almas fuertes encuentran la alegría y se desprenden de ella por fidelidad a Dios, no he encontrado yo más que aflicción. ¿Dónde está, pues, mi mérito por haberme librado de esas frágiles ligaduras, puesto que únicamente un dulce efecto de la misericordia de Dios me preservó de ellas? Sin El, lo reconozco, habría podido caer en tanta abyección como la Magdalena; y las profundas palabras del Divino Maestro a Simón el Fariseo, resuenan con gran dulzura en mi alma. Sí, sé que *aquel a quien se perdona menos, ama menos*, pero sé también que Jesús me ha perdonado más que a Magdalena. ¡Ah!, ¿cómo quisiera poder expresar lo que siento? Pondré al menos un ejemplo que interprete de algún modo mi pensamiento.

27. Supongamos que el hijo de un sabio doctor, al

tropezar en su camino con una piedra, cae y se rompe un miembro. Acude su padre al punto, lo levanta amorosamente, cura sus heridas, empleando en ello todos los recursos de su ciencia, y luego el hijo, completamente curado, le demuestra su gratitud. Indudablemente, este hijo tiene razón en querer a tan buen padre; más he aquí otra suposición:

Habiéndose enterado el padre de que en el camino por donde ha de pasar su hijo hay una piedra peligrosa, toma la delantera y la quita, sin ser visto de nadie. Ciertamente que si un hijo, objeto de tan previsora ternura, ignora la desgracia de que le ha preservado la mano paterna, no le demostrará agradecimiento alguno, ni le amará tanto como si le hubiese curado de una herida mortal. Pero si después lo descubre todo, ¿no le querrá mucho más? Pues bien, yo soy este hijo, objeto del amor providente de un Padre que *no ha enviado a su Verbo para rescatar a los justos, sino a los pecadores*. Quiere que le ame porque me ha perdonado, *no mucho, sino todo*. Sin esperar a que le ame mucho como la Magdalena, me ha dado a conocer la inefable previsión con que me amó, a fin de que ahora le *ame con locura*.

28. Muchas veces he oído decir en los ejercicios espirituales y fuera de ellos que no se había encontrado alma pura que amase tanto como el alma arrepentida. ¡Ay, cómo quisiera desmentir estas palabras!

29. Pero me he apartado mucho de mi asunto; ya no sé a punto fijo donde reanudarlo...

Durante el retiro para mi segunda comunión, me vi asaltada por la terrible enfermedad de los escrúpulos. Hay que haber pasado por este martirio para comprenderlo bien. Imposible me sería decir cuánto sufrí por espacio de unos dos años; mis menores pensamientos y acciones eran para mí ocasión de perturbación y angustia. No encontraba alivio sino confiándolo todo a María, lo

cual me costaba mucho, pues me creía obligada a manifestarle absolutamente todos mis pensamientos, aun los más extravagantes. Después de haberme descargado de aquel peso, disfrutaba de un momento de paz; mas pasaba ésta como un relámpago, y comenzaba otra vez mi martirio. ¡Oh, Dios mío, cuántos actos de paciencia obligué a hacer a mi querida hermana!

30. Aquel año fuimos a pasar quince días, durante las vacaciones a orillas del mar. Mi tía, siempre tan buena y maternal con sus hijitas de los Buissonnets, nos procuró toda clase de distracciones: paseos en burro, pesca de lucios, etc.

Nos animaba siempre en nuestro atavío. No puedo olvidar que un día me dio cintas de color azul celeste. Era yo tan niña, a pesar de mis doce años y medio, que gozosa anudé mis cabellos con aquellas hermosas cintas. Tantos escrúpulos tuve después, que me confesé en el mismo Trouville de aquel placer infantil, pareciéndome un pecado.

31. Hice allí un experimento muy provechoso:

Mi prima María padecía muy frecuentemente de jaqueca. Durante los ataques, mi tía la mimaba y la acariciaba prodigándole las más tiernas palabras, más sin obtener nunca de ella más que lágrimas y la queja continua de «¡Me duele la cabeza!» A mí que, a pesar de sentirme casi cada día aquejada de este mismo dolor, no me lamentaba nunca, se me ocurrió una noche imitar a María. Me puse, pues, a lloriquear en una butaca, en un rincón del salón. Acudió al punto a mi lado Juana, la mayor de mis primas, a quien yo quería mucho, y vino también mi tía, preguntándome por qué lloraba; y a ejemplo de María respondí: «¡Me duele la cabeza!»

Parece que esto de quejarme no me sentaba muy bien, pues no pude llegar a convencerlas de que el dolor de cabeza era el motivo de mis lágrimas. Mi tía, en vez de aca-

riciarme como lo hacía habitualmente, me habló como a una persona mayor. Juana llegó a acusarme, con mucha suavidad, pero con acento apenado, de falta de confianza y sencillez para con mi tía, reprochándome no haberle declarado la verdadera causa de mis lágrimas, que se imaginaba sería algún gran escrúpulo.

Finalmente nada logré, y quedé completamente resuelta a no volver a imitar nunca a los demás, y comprendí la fábula *del asno y del perrito*. Yo era el asno que, testigo de las caricias prodigadas al perrito, puso sobre la mesa su pesado casco, para recibir también su parte de besos. Si no me despidieron a palos, como al pobre animal, no por eso dejé de llevar lo que merecía, lo cual me curó para siempre del deseo de que se fijaran en mí.

* * *

32. Y vuelvo a la gran tribulación de mis escrúpulos. A causa de ellos, acabé por enfermar, de modo que tuvieron que sacarme del colegio a los trece años. Para terminar mi educación, me llevaba papá varias veces a la semana a casa de una respetable señora, de la cual recibía excelentes lecciones. Estas clases tenían la doble ventaja de instruirme y de ponerme en contacto con el mundo.

33. En aquella sala amueblada a la antigua, llena de libros y cuadernos, asistía yo con frecuencia a numerosas visitas. A pesar de que era la madre de mi institutriz la que sostenía de ordinario la conversación, apenas estudiaba yo en aquellos días. Con la nariz sobre el libro, oía cuanto decían, y aun lo que me hubiera valido más no haber oído. Una señora decía que tenía yo hermosos cabellos, otra preguntaba al marcharse quién era aquella joven tan linda; y estas palabras, tanto más halagüeñas para mí cuanto no las pronunciaban en mi presencia, me dejaban una impresión de placer que me demostraba claramente hasta dónde llegaba mi amor propio.

34. ¡Qué compasión me inspiran las almas que se pierden! ¡Es tan fácil extraviarse por los floridos senderos del mundo! Cierto que para un alma medianamente elevada, la dulzura que el mundo le ofrece va mezclada de amargura, y el vacío inmenso de sus deseos no se llenará con momentáneas alabanzas; pero repito que si mi corazón no hubiera sido inclinado hacia Dios desde su despertar, y si el mundo me hubiera sonreído en mi entrada en la vida, ¡no sé qué hubiera sido de mí!... ¡Oh, amadísima Madre mía, cuán agradecida canto las misericordias del Señor! Según las palabras de la Sabiduría, *¿no me ha retirado del mundo antes que mi espíritu se corrompiera con la malicia, y las apariencias engañosas sedujeran mi alma?*

35. Entretanto, habiendo resuelto consagrarme de modo particular a la Santísima Virgen, solicité mi admisión en la Congregación de hijas de María. Para esto tuve que volver dos veces por semana al convento; confieso que esto me costó un poco, a causa de mi excesiva timidez. Desde luego, quería mucho a mis buenas maestras, y siempre les guardaré grandísima gratitud; pero, según ya dije, no tenía, como las demás antiguas alumnas, una maestra particularmente amiga con la cual hubiera podido pasar horas enteras. Por tanto, trabajaba en silencio hasta el final de la lección de labores; y sin que nadie fijara en mí su atención, subía al punto a la tribuna de la capilla y allí permanecía hasta que venía a buscarme papá.

36. En esta silenciosa visita consistía todo mi consuelo. ¿No era Jesús mi único amigo? Sólo sabía hablar con El; las conversaciones con las criaturas, aunque versaran sobre temas piadosos, me cansaban el alma. Cierto que en tales desamparos tenía motivos de tristeza; mas en estos casos recuerdo que me consolaba repitiendo varias veces este verso de una hermosa poesía que nos recitaba nuestro amado padre:

La tierra es tu bajel, no tu morada

Desde muy pequeña me infundían valor estas palabras. Hoy, a pesar de que los años suelen borrar tantas impresiones de piedad infantil, la figura de bajel hechiza todavía mi alma y la ayuda a soportar el destierro. ¿No dice también la Sabiduría que *la vida es semejante a un navío que hiende las agitadas ondas sin dejar detrás de sí la menor huella de su rápido paso?*

37. Cuando pienso en estas cosas, mi mirada se pierde en lo infinito, y se me figura que toco ya la ribera eterna. Me parece recibir el abrazo de Jesús... y que la Virgen Santísima sale a mi encuentro, con papá, mamá, los cuatro angelitos, hermanos y hermanas míos. Creo, en fin, gozar para siempre de la verdadera y eterna vida de familia.

* * *

38. Mas antes de llegar a sentarme en el hogar paterno de los cielos, aún me quedaban que sufrir en la tierra muchas separaciones. El año que fui admitida como hija de María, me arrebató la Virgen a mi querida María, único sostén de mi alma. Desde la partida de Paulina había sido ella mi único oráculo, y la amaba tanto, que no podía vivir sin su dulce compañía.

39. En cuanto supe su determinación, resolví no volver a complacerme en nada de la tierra; no es posible imaginar lo que lloré entonces. Con todo, por aquel tiempo acostumbraba a derramar lágrimas por cualquier cosa, no sólo en las grandes ocasiones, sino que también en las más insignificantes.

40. He aquí algunos ejemplos:

Sentía un deseo muy grande de practicar la virtud;

pero mi modo de practicarla era muy singular. No estaba acostumbrada a ser mi propia sirvienta. Celina arreglaba nuestro cuarto, pues yo no me ocupaba en trabajos domésticos; pero cuando, *por agradar al Señor*, se me ocurría disponer el lecho o, al anochecer, en ausencia de Celina, entrar sus tiestos y macetas, lo hacía, como digo, únicamente por complacer a Nuestro Señor, y, por lo tanto, no debía esperar el agradecimiento de las criaturas. ¡Ay!, pero sucedía todo lo contrario; si tenía la desgracia Celina de no manifestarse sorprendida y complacida de mis insignificantes servicios, no estaba yo contenta y se lo daba a entender por mis lágrimas.

41. Cuando involuntariamente apenaba a cualquier persona, en vez de sobreponerme a ello, era tal mi aflicción, que llegaba a perder la salud, aumentando de este modo la gravedad de mi falta más bien que reparándola, y cuando principiaba a consolarme relativamente a la falta, lloraba por haber llorado.

42. Por cualquier cosa me afligía. Ahora me sucede lo contrario: Dios me ha otorgado la gracia de no abatirme por ninguna cosa pasajera. Mi alma rebosa agradecimiento al recordarme de otro tiempo: merced a los favores que he recibido del cielo, se ha verificado en mí tal cambio, que es imposible reconocerme.

* * *

43. Cuando entró María en el Carmen, como ya no podía confiarle mis tormentos, me dirigí al cielo, y me encomendé a los cuatro angelitos que me habían precedido en la gloria, en la confianza de que aquellas almas inocentes, no habiendo jamás conocido la turbación ni el temor, debían compadecerse de su pobre hermanita que padecía en la tierra. Hábléles con sencillez de niño, haciéndoles presente que por ser la última de la familia,

siempre había sido la más querida, la más mimada de mis padres y de mis hermanas, y que si ellos se hubiesen quedado en la tierra, me hubieran dado sin duda las mismas pruebas de cariño. Su partida al cielo no era razón para que me olvidasen; al contrario, ya que tenían tan a mano los tesoros divinos, debían procurarme *la paz* y mostrarme así que allá arriba se sabe también amar.

La respuesta no se hizo esperar; muy pronto las deliciosas ondas de la paz inundaron mi alma. ¡No sólo me amaban en la tierra, sino también en el cielo! Desde entonces, aumentó mi devoción a mis hermanitos y hermanitas del paraíso; me gustaba conversar con ellos y les hablaba de las tristezas del destierro y de mi deseo de ir muy pronto a reunirme con ellos en la patria eterna.

CAPITULO V

FAVOR EN LA NOCHE DE NAVIDAD.

CELO DE LAS ALMAS.

PRIMERA CONQUISTA.

INTIMIDAD CON CELINA

CONSIGUE PERMISO DE SU PADRE PARA ENTRAR EN

EL CARMEN A LOS QUINCE AÑOS.

NEGATIVA DEL SUPERIOR.

ACUDE A MONSEÑOR HUGONIN, OBISPO DE BAYEUX

1. Si el cielo me colmaba de gracias, yo en manera alguna las merecía. Me consumía sin cesar en vivos deseos de practicar la virtud; pero ¡cuántas imperfecciones se mezclaban en mis actos! Mi extremada sensibilidad me hacía de veras insoportable; cuantas razones empleaban para corregirme de tan feo defecto, eran del todo inútiles.

2. ¿Cómo me atrevía, pues, a esperar que me admitieran pronto en el Carmen? Era menester un pequeño milagro para dejar de ser niña en un momento; y este milagro deseado lo hizo Dios el día inolvidable del 25 de diciembre de 1886.

En aquella fiesta de Navidad, en aquella noche bendita, Jesús, el tierno Niño recién nacido, trocó la noche de mi alma en torrentes de luz. Al hacerse débil y pequeño por mi amor, me hizo a mí fuerte y valiente; me revistió de sus armas, y desde entonces marché de victoria en victoria, empezando, por decirlo así, *una carrera de gigante*. Cégose la fuente de mis lágrimas, que no volvió a abrirse más que en determinadas circunstancias y con mucha dificultad.

3. Ahora le diré, Madre mía, en qué circunstancia recibí la inestimable gracia de mi completa conversión.

Todos los años, al volver a los Buissonnets después de oír la Misa «del gallo», encontraba en la chimenea, como en los días de mi tierna infancia, los zapatos llenos de chucherías –lo cual prueba que hasta entonces se me trataba como a una niña–. Mi papá mismo gozaba viendo mi alegría y oyendo mis gritos de júbilo cada vez que sacaba una nueva sorpresa en los zapatos encantados, y su gozo aumentaba mi placer. Mas había llegado la hora en que Jesús quería librarme de los defectos de la infancia y privarme de los goces inocentes que ésta lleva consigo. Permitted que nuestro querido padrecito, que en todas ocasiones me mimaba, demostrase esta vez, contra su costumbre, cierta contrariedad. Al subir a mi aposento le oí pronunciar estas palabras, que me traspasaron el corazón: –Es una sorpresa demasiado infantil ya para una jovencita como Teresita; espero que será éste el último año.

Conociendo Celina mi extremada sensibilidad, me dijo en secreto: –No bajas inmediatamente, aguarda un poquito, porque no podrías contener las lágrimas al mirar las sorpresas delante de papá.– Pero Teresita no era la misma... ¡Jesús había cambiado su corazón!

Ahogando mis lágrimas, bajé rápidamente al comedor y, reprimiendo los latidos de mi corazón, tomé los zapatos y saqué *alegremente* todos los objetos, con el aire satisfecho de una reina. Reíase papá, sin que se retratase ya en su rostro la menor señal de disgusto, y Celina lo creía un sueño. Felizmente, era una dulce realidad: Teresita acababa de recobrar para siempre su fortaleza de alma, perdida allá a la edad de cuatro años y medio.

4. En aquella noche luminosa empezó, pues, el tercer período de mi vida, el más hermoso de todos, el más abundante en gracia del cielo. La obra que no había podido yo llevar a cabo durante tantos años, la realizó Jesús

en un momento, contentándose con mi buena voluntad. Podía decir con los apóstoles: «Señor, he pescado toda la noche sin coger nada» Y Jesús, usando conmigo de más misericordia todavía que con sus discípulos, *cogió El mismo la red*, la echó y la sacó llena de peces; hizo de mí *un pescador de almas...*

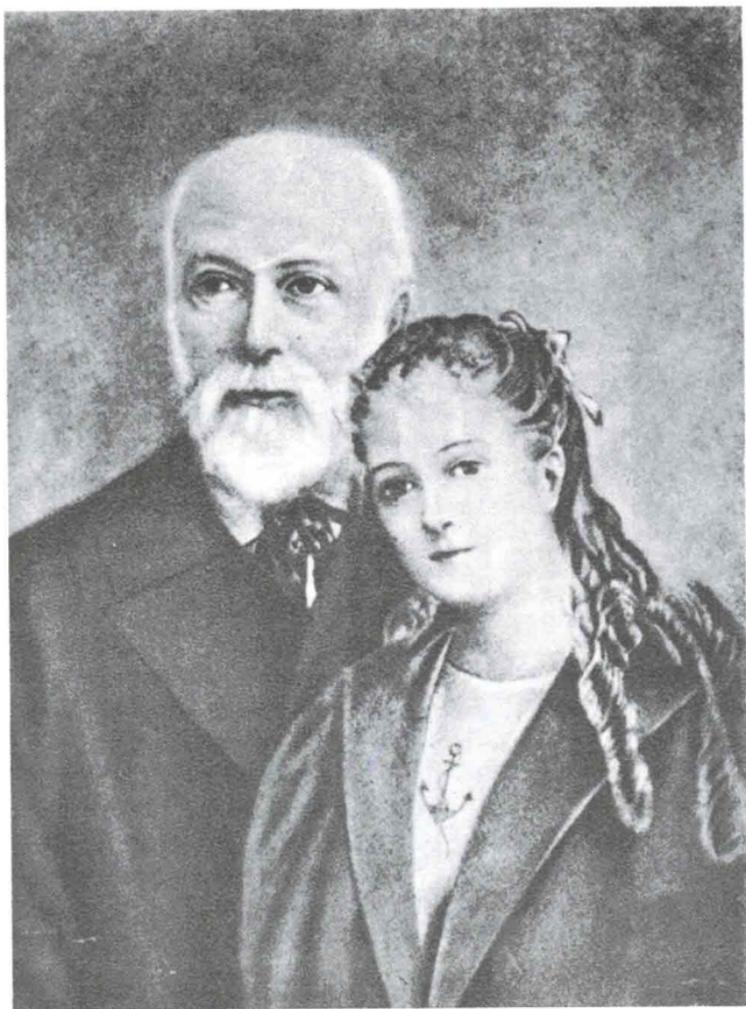
5. Entró la caridad en mi corazón junto con la necesidad de olvidarme perpetuamente de mí misma, y desde entonces fui dichosa.

* * *

6. Un domingo, al cerrar el devocionario después de terminada la santa Misa, quedó algo fuera de las páginas una fotografía de Nuestro Señor crucificado, asomando tan sólo una de sus manos divinas perforada y ensangrentada. A su vista, experimenté un sentimiento nuevo, inefable. Partiósese mi corazón de dolor al contemplar aquella sangre preciosa que caía en tierra, sin que nadie se apresurase a recogerla, y resolví permanecer siempre en espíritu al pie de la cruz, para recibir el rocío divino de la salvación y esparcirla después a las almas.

7. Desde aquel día, el grito de Jesús moribundo: «¡Tengo sed!», resonaba a cada instante en mi corazón, y lo encendía de un ardor vivísimo, hasta entonces para mí desconocido. Anhelaba dar de beber a mi Amado, sentíame yo también devorada por la sed de almas, y a todo trance quería arrancar de las llamas eternas a los pecadores.

8. Para estimular mi celo, no tardó en demostrarme el Buen Maestro que mis deseos le eran agradables. Oí hablar de un facineroso llamado Pranzini, condenado a muerte por crímenes horribles; su impenitencia hacía temer la condenación eterna de su alma, y quise evitar



SANTA TERESITA CON SU PADRE
(De un cuadro de Celina)



«LES BUISSONNETS», EN EL JARDIN DE
LA ESTRELLA, DE LISIEUX

este mal supremo e irremediable. A este fin, empleé todos los medios espirituales que pude imaginar, y convencida de que nada lograría por mí misma, ofrecí por su rescate los infinitos méritos de Nuestro Señor y los tesoros de la Santa Iglesia.

¿Me atreveré a decirlo? Sentía en lo íntimo de mi corazón la certidumbre de que mi ruego sería escuchado. Mas con el fin de cobrar ánimo para proseguir la conquista de las almas, hice esta ingenua oración:

9. «Dios mío, tengo la completa seguridad de que perdonaréis al desdichado Pranzini; lo creería aunque no se confesase ni diese señal alguna de contrición; tanta es mi confianza en vuestra infinita misericordia. Pero, Señor, es el primer pecador que os encomiendo; por tanto, os suplico que me concedáis tan sólo *una señal* de su arrepentimiento únicamente para consuelo de mi alma».

10. Mi oración fue atendida al pie de letra. Papá no nos dejaba nunca leer los diarios; sin embargo, no creí desobedecer mirando las noticias concernientes a Pranzini. Al día siguiente de su ejecución abrí con afán el periódico *La Croix*, y ¿qué vieron mis ojos?...

¡Ah!, mis lágrimas delataron mi conmoción, por lo que tuve que retirarme a escape para ocultarlas. Pranzini había subido al cadalso sin confesión, sin absolución; ya los verdugos lo arrastraban hacia la fatal báscula, cuando, tocado de pronto por súbita inspiración, vuélvese, coge el Crucifijo que le presentaba el sacerdote, y *ibesa por tres veces sus sagradas llagas!*

11. Había obtenido, pues, la señal deseada, y aquella señal era dulcísima para mí. ¿Por ventura no había penetrado en mi corazón la sed de almas al contemplar las llagas de Jesús, al ver correr su sangre divina? Quería darles a beber esta sangre inmaculada, para que las purificase de todas sus manchas; y los labios «de mi primer hijo» posáronse en aquellas divinas llagas. ¡Inefable res-

puesta! A partir de aquel favor tan singular, aumentó en mí cada día el deseo de salvar las almas; parecíame oír a Jesús decirme en voz baja como a la Samaritana: *¡Dame de beber!*

12. Era un verdadero cambio de amor; vertía yo en las almas la preciosa sangre de Jesús, a Jesús ofrecía estas mismas almas refrigeradas con el rocío del Calvario. De este modo trataba yo de apagar su sed de mi pobrecita alma, y aceptaba yo aquella sed ardorosa como la más deliciosa recompensa.

* * *

13. En muy corto espacio de tiempo me había sacado el Señor del estrecho círculo en que vivía, haciéndome dar el paso decisivo; mas, ¡ay!, me quedaba por recorrer todavía largo trecho.

14. Aligerada de sus escrúpulos y de su excesiva sensibilidad, se desarrolló mi alma. Yo, que siempre había amado lo grande, lo bello, me sentí poseída en aquella época de grandísimos deseos de saber. No contentándome con las lecciones de mi maestra, estudiaba por mí misma ciencias especiales; por este medio adquirí más conocimientos en algunos meses que durante todos los años de mis estudios. ¡Ay! ¿No era este afán *vanidad y aflicción de espíritu?*

15. Siendo de natural ardiente, me hallaba en el momento más peligroso de mi vida. Pero el Señor hizo conmigo lo que refiere Ezequiel en sus profecías:

«Vio que había llegado para mí el tiempo de ser amada; hizo alianza conmigo, y llegué a ser suya; extendió sobre mí su manto; me lavó con preciosos perfumes; me atavió con deslumbradores vestidos, dándome collares y perfumes inapreciables. Me alimentó con la harina más

pura, con miel y aceite en abundancia. Parecí entonces hermosa a sus ojos, y ha hecho de mí una reina poderosa».

16. Sí, todo esto hizo conmigo Jesús. Podría examinar cada palabra de este inefable pasaje y demostrar que se realizó en pro de mí; pero las gracias antes mencionadas son ya suficiente prueba de ello. Hablaré, pues, tan sólo del alimento que el Divino Maestro me prodigó «en abundancia».

17. Desde hacía mucho tiempo sustentaba yo mi vida espiritual con «la harina más pura» contenida en la *Imitación*. Era éste el único libro que me producía algún bien, pues mi alma no había descubierto todavía los tesoros ocultos en el Santo Evangelio. Jamás separaba de mí un instante aquel librito, por lo cual reía mi familia; y con frecuencia mi tía, abriéndolo al acaso, hacíame recitar el primer capítulo que le venía mano.

18. Cuando a los catorce años se desarrolló en mí la afición a los estudios científicos, juzgó Dios necesario añadir «a la harina más pura, miel y aceite en abundancia», haciéndomelos gustar en las conferencias del Rdo. Sr. Arminjon sobre *el fin del mundo presente y los misterios de la vida futura*. Esta lectura sumergió mi alma en una felicidad que no es de la tierra; presentía ya lo que reserva Dios a los que le aman, al considerar la desequilibrada proporción que existe entre las eternas recompensas y los insignificantes sacrificios de esta vida, deseaba amar, amar a Jesús con pasión, y darle mil pruebas de ternura mientras podía hacerlo todavía.

* * *

19. Celina había venido a ser la confidente íntima de mis pensamientos, particularmente desde el día de Navidad. Jesús, que deseaba que adelantáramos juntas, unió

nuestros corazones con vínculos más poderosos que los de la sangre; hizo que llegásemos a ser *hermanas de alma*. En nosotras se realizaron las palabras de nuestro Padre San Juan de la Cruz, en su cántico espiritual:

A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

20. ¡Sí, con paso muy ligero corriamos tras las huellas de Jesús! Y las abrasadoras chispas que iba sembrando El en nuestras almas, el vino delicioso y fuerte que nos daba a beber, hacían desaparecer a nuestros ojos las cosas pasajeras de la tierra; de nuestros labios brotaban aspiraciones de puro amor. ¡Con qué delicia recuerdo nuestras conversaciones de entonces! Cada noche, en el mirador, perdíase nuestra vista en el azul indefinido del cielo tachonado de estrellas de oro. Creo que recibíamos muy grandes gracias. Según dice la *Imitación*: «Dios se comunica a veces en medio de vivo esplendor, o bien suavemente velado bajo sombras y figuras». De este modo se dignaba manifestarse en nuestros corazones; mas icuán sutil y transparente era aquel velo! No hubiera sido posible dudar; ya la fe y la esperanza abandonaban nuestras almas; el amor nos hacía hallar en la tierra a Aquel a quien buscábamos. *Habiéndolo hallado solo, nos besó, a fin de que nadie pudiera menospreciarnos en adelante.*

21. Estas impresiones divinas no debían quedar sin fruto; la práctica de la virtud se me hizo agradable y natural. Mi rostro delataba al principio la lucha interior de mi alma, pero, poco a poco, la abnegación me pareció fácil, aun en el primer momento. Jesús lo ha dicho: *Al que tiene, se le dará todavía más, y estará en abundancia.* Por una gracia recibida con fidelidad, me concedía otras muchas. Se me daba El mismo en la Santa Comunión con

más frecuencia de lo que yo hubiera osado esperar. Había adoptado como regla de conducta hacer muy fielmente todas las comuniones que me permitiera mi confesor, sin pedirle jamás que aumentara el número de ellas. Hoy me las compondría de otra manera, pues estoy convencida de que un alma debe manifestar a su director el atractivo que siente por recibir a su Dios. No baja *cada día* del cielo para quedarse en el áureo copón, sino para encontrar otro cielo: el cielo de nuestra alma, en donde tiene sus delicias.

Conociendo Jesús mi deseo, inspiraba a mi confesor que me diera permiso para hacer varias comuniones cada semana, permiso que por venirme directamente de El, me colmaba de gozo. En aquel tiempo no me atrevía a manifestar mis sentimientos interiores; el camino que seguía era tan recto, tan luminoso, que no necesitaba más guía que Jesús. Comparaba yo a los directores con fieles espejos que reflejaban en las almas la imagen de nuestro Señor, y pensaba que Dios no se valía conmigo de intermediario, sino que obraba directamente.

* * *

22. Cuando un jardinero rodea de cuidados un fruto que quiere sazonar antes de tiempo, nunca es para dejarlo en el árbol, sino para servirlo en espléndida mesa. Con este fin, prodigaba Jesús sus gracias a su florecilla. Quería hacer brillar en mí su misericordia.

23. El, que en los días de su vida mortal, exclamaba transportado de júbilo: *Padre mío, os bendigo porque habéis ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes, para revelarlas a los pequeñuelos*. Porque era débil y pequeña, se rebajaba hacia mí, instruyéndome suavemente en los secretos de su amor. Como dice San Juan de la Cruz en su Cántico del alma:

Sin otra luz ni guía,
Sino la que en mi corazón ardía,
Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía,
Adonde me esperaba
«*Quien bien me conocía*».

Este lugar era el Carmen; mas antes de sentarme a *descansar a la sombra de Aquel a quien deseaba*, tenía que pasar por muchas pruebas. A pesar de ello, el llamamiento divino llegó a ser tan apremiante, que, aunque me hubiera sido preciso atravesar el fuego, me hubiera abalanzado a él para responder a Nuestro Señor.

24. Para alentarme en mi vocación solamente encontré un alma, la de mi querida Paulina. Mi corazón halló en el suyo un eco fiel, y sin ella no habría llegado yo a buen seguro a la bendita orilla que cinco años atrás la recibió a ella.

25. Sí, hacía cinco años que estaba alejada de V. R., queridísima Madre mía; creía haberla perdido; pero en el momento de la prueba fue su mano la que me indicó el camino que había de seguir. Necesidad tenía de este consuelo, pues mis visitas al locutorio me eran cada vez más penosas; no podía hablar de mi deseo de entrar en el Carmen sin que me sintiese inmediatamente rechazada. María, juzgándome demasiado joven, hacía cuanto podía para estorbar mis proyectos. Desde el principio no encontré más que obstáculos. Por otra parte, no me atrevía a decir nada a Celina, y este silencio me hacía padecer mucho; ime costaba tanto ocultarle algo! Con todo, pronto se enteró esta querida hermana de mi determinación; mas en vez de desanimarme, aceptó el sacrificio con admirable valor. Puesto que también deseaba ella ser religiosa, le correspondía marcharse antes que yo; pero, a ejemplo de los mártires de la antigüedad, que daban alegremente el ósculo de despedida a su hermanos elegidos

para combatir antes que ellos en la arena, me dejó marchar, tomando tanta parte en mis pruebas como si se tratase de su propia vocación.

26. Por parte de Celina no tenía, pues nada que temer; pero no sabía de qué medio valerme para anunciar mis proyectos a papá. ¿Cómo decirle que se separase de su reina, cuando acababa de sacrificar sus dos hijas mayores? Además, aquel año, lo tuvimos enfermo con un ataque de parálisis bastante grave, del cual es verdad que se repuso pronto, pero no por eso dejaba de preocuparnos mucho para lo porvenir.

27. ¡Ay, cuánto luchó mi alma en su interior, antes de determinarme a hablar! Pero corría el tiempo y era preciso que me decidiera; iba a cumplir catorce años y medio, sólo faltaban seis meses para la hermosa noche de Navidad, y yo estaba decidida a entrar en el Carmen a la misma hora en que un año antes había recibido la gracia de mi conversión. Elegí la fiesta de Pentecostés para hacer mi gran confidencia. Durante todo el día pedí al Espíritu Santo que me iluminara, suplicando a los Apóstoles que rogasen por mí, me inspirasen las palabras que tendría que decir. ¿No eran ellos, en efecto, los que debían ayudar a la tímida niña a quien Dios destinaba a ser apóstol de los apóstoles por la oración y el sacrificio?

28. Por la tarde, al volver de Vísperas, se me presentó la ocasión deseada. Papá había ido a sentarse en un banco del jardín, y allí, con las manos juntas, contemplaba las maravillas de la naturaleza. El sol poniente doraba con sus últimos rayos las altas copas de los árboles, y los pajaritos gorjeaban su oración de la noche.

Una expresión del todo celestial se reflejaba en el hermoso rostro de mi padre y sentía yo que la paz inundaba su corazón. Sin pronunciar una palabra, pero con los ojos llenos de lágrimas, fui a sentarme a su lado. Me miró

con ternura indescriptible, y, apoyando mi cabeza contra su pecho, me dijo: «¿Qué tienes, reinecita mía? Vamos, dime lo que te pasa...» Y, levantándose como para disimular su propia emoción, empezó a andar lentamente sin dejar de estrecharme contra su pecho.

29. Derramando lágrimas, le hablé del Carmen y de mis deseos de entrar en él muy pronto. Entonces lloró él también, pero nada me dijo que pudiese desviarme de mi vocación; sólo me observó que era aún muy joven para tomar una determinación tan importante; mas como insistiese yo defendiendo bien mi causa, el natural recto y generoso de mi incomparable padre, se dio muy pronto por convencido. Después de haber desahogado mi corazón, continuamos largo rato nuestro paseo; mi padre ya no lloraba, antes bien me hablaba como pudiera hacerlo un santo. Acercándose a un muro poco elevado, mostróme unas florecillas blancas que parecían azucenas en miniatura, y, cogiendo una de ellas, me la dio, explicándome con qué cuidado la había hecho florecer el Señor y la había conservado hasta aquel día.

Tan sorprendente era el parecido entre la florecilla y Teresita, que creí oír referir mi historia, por lo que recibí aquella florecita como una reliquia. Noté que al cogerla papá, la había arrancado con todas sus raíces sin romperlas; parecía, pues, destinada a vivir en otra tierra más fértil, y pensé que lo mismo acababa de hacer conmigo, permitiéndome trocar el dulce valle, testigo de mis primeros pasos en la vida, por la montaña del Carmelo.

Pegué mi florecita blanca en una estampa de Nuestra Señora de las Victorias; la Virgen Santísima le sonríe y el Niño Jesús parece sostenerla en su manita. Ahí está todavía, sólo que el tallo se ha partido muy cerca de la raíz, como si quisiera Dios avisarme con esto que romperá muy pronto las ligaduras de su florecita, y no la dejará marchitarse en la tierra.

30. Con el consentimiento de papá, creía que podría volar sin temor al Carmen. Mas, ¡ay!, mi tío, después de oír a su vez mis confidencias, declaró que le parecía contraria a la prudencia humana esa entrada en una orden austera a los quince años; que sería en perjuicio de la religión consentir que una niña abrazara tal género de vida, y terminó añadiendo que, por su parte, se opondría lo que pudiese a ello, y que, a menos que interviniese un milagro, no cambiaría de opinión. Dándome cuenta de que todos los razonamientos eran inútiles, me retiré con el corazón sumido en la más profunda amargura. La oración era mi único consuelo; suplicaba a Jesús que hiciera el milagro pedido, puesto que sólo a tal precio podía yo responder a su llamamiento. Transcurrió bastante tiempo; parecía que mi tío se había olvidado de nuestra conversación, pero supe más tarde que, muy al contrario, le daba yo gran cuidado.

31. Antes de hacer que luciese en mi alma un rayo de esperanza, quiso enviarme el Señor, por espacio de tres días, otro dolorosísimo martirio. ¡Ah, nunca como entonces me hice cargo de la amargura de la Virgen Santísima y de San José al buscar al divino Niño perdido por las calles de Jerusalén! Me hallaba en una soledad espantosa, o más bien se asemejaba mi alma al frágil esquife abandonado sin piloto a merced de las tempestuosas ondas. Sé que Jesús estaba allí durmiendo en mi barquilla, pero ¿cómo verle en medio de la oscuridad de tan lóbrega noche? Si hubiera estallado abiertamente la tempestad, quizás algún relámpago hubiera rasgado las densas nubes de mi alma. Indudablemente, triste luz es la de los relámpagos; pero a su fulgor hubiera visto por un instante al Amado de mi corazón.

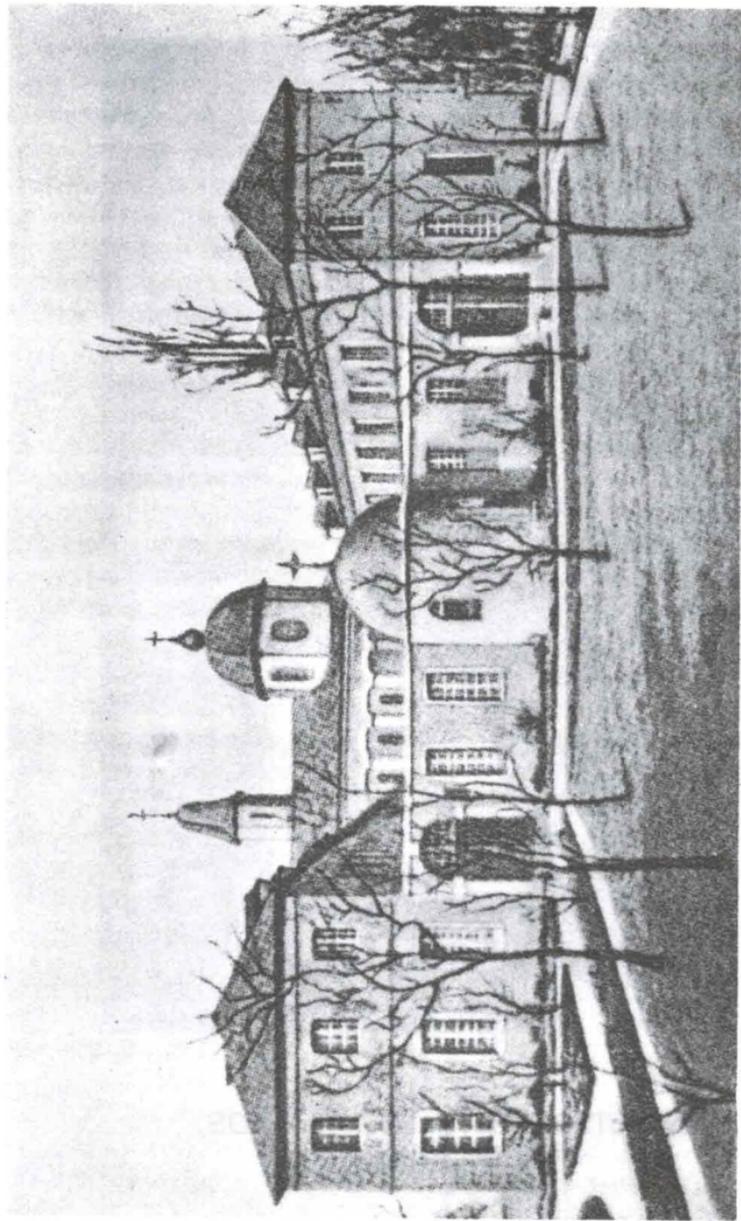
Mas, no... iera la noche, la noche profunda, el desamparo completo, una verdadera muerte! Como el Maestro divino en el huerto de la Agonía, me sentía sola, sin encontrar consuelo ni en el cielo ni en la tierra. La naturaleza parecía tomar parte en mi amarga pena; durante

aquellos tres días, no brilló el más leve rayo de sol, y llovió torrencialmente. Tengo bien comprobado que en todas las circunstancias de mi vida ha reflejado la naturaleza la imagen de mi alma. En mi aflicción, ha llorado el cielo conmigo, y en mis alegrías, ni la más ligera nubecilla ha oscurecido el firmamento.

32. Al cuarto día, que era sábado, fui a ver a mi tío. ¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarle completamente cambiado respecto de mí! En primer lugar, sin que mediase indicación alguna de mi parte, me introdujo en su despacho; luego, comenzando por dirigirme suaves reproches por lo cohibida que me mostraba con él, me dijo que no era ya necesario el milagro exigido, pues habiéndole rogado al Señor que inclinase su corazón a mi deseo, se lo había concedido. ¡Yo no lo reconocía ya! Me abrazó con ternura de padre, añadiendo con voz conmovida: «Vete en paz, querida hija; eres una florecita privilegiada que el Señor quiere para sí; no me opondré yo a su deseo».

¡Con qué alegría tomé de nuevo el camino de los Buissonnets, *bajo un hermoso cielo cuyas nubes se habían dissipado por completo!* También en mi alma había cesado la noche. Al despertarse Jesús, me había devuelto la alegría; ya no oía el ruido de las olas; en vez del huracán de la tribulación, henchía mi alma una suave brisa, creyéndome ya en el puerto. Pero, ¡ay!, había de desencadenarse todavía más de una tormenta que me haría temer, en determinadas horas, verme alejada de la tan anhelada orilla, sin esperanza de regreso.

33. Obtenido ya el consentimiento de mi tío, supe por V. R., Madre mía, que el Superior del Carmen no permitía mi entrada hasta la edad de veintiún años. Nadie había contado con esta oposición, la más grave, la más invencible de todas. Con todo, sin desanimarme, fui yo misma con mi padre a exponerle mis deseos. Recibió-



VISTA GENERAL DEL CONVENTO
DE LISIEUX



SANTA TERESITA A LOS 15 AÑOS,
CON SU PADRE

me muy friamente; ningún argumento logró cambiar sus disposiciones, y nos despedimos sin obtener de él más que un *no* terminante. «No obstante ello —añadió—, yo no soy más que un delegado de Su Ilustrísima; si él consiente en su entrada, nada tendré que decir». Al salir de la rectoría, *llovía torrencialmente*. ¡Ay!, inegros nubarrones cubrían también el cielo de mi alma! Papá no sabía cómo consolarme; me prometió que me llevaría a Bayeux si yo lo deseaba, y acepté la oferta con agradecimiento.

* * *

34. Muchos sucesos ocurrieron antes de que nos fuera dado a emprender el viaje. Efectivamente, mi vida parecía la misma; estudiaba, y sobre todo crecía en amor de Dios; a veces sentía arranques, verdaderos transportes...

Una noche, no sabiendo cómo demostrarle a Jesús mi amor y mi ardiente deseo de verle servido y glorificado en todas partes, pensé con dolor que de los abismos del infierno no subiría jamás hasta El ni un solo acto de amor, y exclamé entonces que de buena gana me vería sumergida en aquel lugar de tormentos y blasfemias para que allí fuera eternamente amado. No podría esto glorificarle, puesto que el Señor sólo desea nuestra felicidad; pero cuando se ama, se experimenta la necesidad de decir mil locuras. Hablaba de esta manera, no porque el cielo no excitara mi deseo, sino porque entonces mi único cielo era *el amor*, y en mi entusiasmo, sentía que nada podría separarme del objeto divino que me había enajenado...

35. Por aquel tiempo me dio nuestro Señor el consuelo de tratar de cerca almas de niños. He aquí en qué circunstancias: Durante la enfermedad de una pobre madre de familia, me ocupé mucho de sus dos niñas, la mayor de las cuales no contaba aún con seis años. Era para mí un verdadero gusto ver con qué candor creían todo cuanto yo les decía. Profundo debe ser el germen de

las virtudes teologales depositado por el santo bautismo en las almas, puesto que, ya en la infancia, la esperanza de los bienes futuros basta para aceptar los sacrificios.

36. Cuando quería ver a mis niñas muy avenidas entre sí, en vez de prometerles juguetes y dulces, les hablaba de las recompensas eternas que dará el Niño Jesús a los niños buenos. La mayorcita, cuya razón comenzaba a desarrollarse, me miraba con expresión de intensa alegría, y me hacía mil preguntas embelesadoras acerca del Niño Jesús y de su hermoso cielo. Me prometía después con entusiasmo que cedería siempre en todo a su hermanita, añadiendo que jamás olvidaría las lecciones de la «señorita grande» como me llamaba.

Comparaba a aquellas almas inocentes con la cera blanda, en la cual puede grabarse con facilidad cualquier señal..., ¡ay!, por desgracia, así como del mal como del bien; por esto comprendí las palabras de Jesús que *más valdría a uno ser precipitado en el mar que escandalizar a uno solo de estos pequeñuelos*. ¡Ah, cuántas almas llegarían a muy elevada perfección si desde el principio fuesen bien dirigidas!

37. Sé que Dios no necesita de nadie para llevar a cabo su obra de santificación; mas si así como permite a un hábil jardinero cultivar plantas raras y delicadas, dándoles la ciencia necesaria a este objeto, pero reservándose el cuidado de fecundizarlas, del propio modo quiere ser secundado en la divina cultura de las almas. ¿Qué sucedería si un horticultor poco hábil injertara mal sus árboles, o no supiera distinguir la naturaleza de cada uno, sino que quisiera, por ejemplo hacer brotar rosas de un melocotonero?

Tráeme esto a la memoria que, en otro tiempo, tenía yo entre mis pájaros un canario, que cantaba admirablemente, y también un pardillo, al cual había criado desde su salida del nido, prodigándole particulares cuidados. El

pobrecito prisionero, privado de las lecciones de música de sus padres, y no oyendo desde la mañana a la noche más que los alegres trinos del canario, quiso imitarle un día. ¡Difícil empeño para un pardillo! Era curioso ver los esfuerzos del pobrecillo, a cuya dulce voz le costó mucho acomodarse a las vibrantes notas de su maestro. Esto no obstante, lo consiguió, con gran sorpresa mía, y su canto llegó a ser enteramente igual al del canario.

38. ¡Oh, Madre mía, bien lo sabe V. R. quién me enseñó a cantar desde mi infancia! ¡Bien conoce las voces que me enamoraron! Y ahora espero poder repetir un día eternamente, a pesar de mi debilidad, el canto de amor cuyas armoniosas notas he oído modular tantas veces acá en la tierra...

39. Pero ¿en dónde estoy? Estas reflexiones me han llevado demasiado lejos... Vuelvo a emprender inmediatamente el relato de mi vocación.

Acompañada sólo de mi padre, con el corazón lleno de esperanza, pero conmovidísima a la idea de presentarme en el obispado, me dirigí a Bayeux el 31 de octubre de 1887. Por vez primera en mi vida iba a hacer una visita sin ir acompañada de mis hermanas; y esta visita era nada menos que a un Obispo. Yo, que solamente tomaba parte en las conversaciones para contestar a las preguntas que me hacían, había de explicar y desenvolver las razones que me movían a solicitar mi entrada en el Carmen, de manera que quedase manifiesta la solidez de mi vocación.

40. ¡Cuánto me costó vencer mi timidez! ¡Ah, cuán cierto es que *el amor no encuentra jamás imposibles, porque cree que todo lo puede y que todo le es permitido*. En efecto: sólo el amor de Jesús pudo decidirme a arros-trar aquellas dificultades y todas las que siguieron, pues tuve que comprar mi felicidad a costa de grandes prue-

bas. Claro es que hoy me parece haberle pagado a muy poco precio, por lo cual estaría dispuesta a soportar penal mil veces más amargas que las pasadas para adquirirlas, si aún no la hubiese conseguido.

41. Cuando llegamos al obispado, parecía que se habían *abierto todas las cataratas del cielo*. El Vicario General señor Révérony, que había fijado por sí mismo la fecha de mi visita, mostróse muy amable, aunque algo sorprendido. Al notar las lágrimas que se agolpaban a mis ojos, me dijo: «¡Ah, veo brillar diamantes; cuidado con enseñárselos a Su Excelencia!»

42. Atravesamos grandes salones, donde me parecía a mí misma una hormiguita, preguntándome lo que me atrevería a decir! Paseábase en aquel momento el señor Obispo por una galería en compañía de dos sacerdotes; acercóse el señor Vicario General, cambiando con él algunas palabras y a poco entraron los dos en la habitación en que esperábamos. Había allí tres enormes sillones colocados delante de la chimenea, en la que chisporroteaba un fuego muy vivo.

43. Al entrar el señor Obispo, púsose papá de rodillas junto a mí para recibir su bendición; después nos hizo sentar Su Excelencia Ilustrísima. El señor Révérony me ofreció el sillón de en medio; yo me excusé cortésmente, pero él insistió diciéndome que diera pruebas de saber obedecer. A estas palabras me resigné sin la menor réplica, y, llena de confusión, vi que él tomaba asiento en una silla, mientras yo me hundía en aquel sillón monumental donde cuatro como yo hubieran cabido cómodamente, mucho mejor que mi personilla, pues distaba mucho de hallarme bien en él. Esperaba que papá tomaría la palabra, pero no fue así, sino que me invitó a explicar yo misma el objeto de nuestra visita. Lo hice con la mayor elocuencia que supe, íntimamente persuadida de que una

sola palabra del Superior me hubiera valido más que todas mis razones. Por desdicha, su oposición no abogaba mucho en favor mío.

44. Me preguntó Su Excelencia si hacía mucho tiempo que deseaba entrar en el Carmen. «¡Oh, sí, Monseñor, hace mucho tiempo!» –le respondí–. «¡Vaya!» –repuso riendo el Rdo. Sr. Révérony–. Nunca podrá hacer quince años». «Verdad es –repliqué–; pero no rebaje mucho, pues desde la edad de tres años he deseado entregarme a Dios».

Creando Su Excelencia complacer a papá, intentó convencerme de que debía permanecer todavía algún tiempo a su lado. ¡Cuál no sería el asombro y edificación del prelado al ver que mi padre tomaba mi defensa, añadiendo con expresión llena de bondad que habríamos de ir a Roma con la peregrinación diocesana, y que yo no vacilaría en hablar del asunto al Santo Padre, si es que no obtenía antes el permiso solicitado!

45. Sin embargo de esto, el señor Obispo juzgó indispensable tener una entrevista con el Superior, antes de darnos una respuesta definitiva. Nada podía decirme que me apenara tanto como esto, pues sabía su formal y terminante oposición. De modo que, olvidando la recomendación del señor Révérony, no sólo *enseñé diamantes* a Su Excelencia, sino que le hice *presente de ellos*. Monseñor, a quien vi hondamente conmovido, me prodigó caricias como nunca, según dicen, las había recibido de él ninguna otra niña.

«No todo está perdido, querida hijita –me dijo–; pero me alegro mucho de que hagas ese viaje a Roma con tu buen padre; así asegurarás más tu vocación. ¡En vez de llorar, deberías alegrarte! Además, la semana que viene pienso ir a Lisieux, hablaré de ti al Superior, y seguramente recibirás mi respuesta en Italia».

46. Su Excelencia nos acompañó hasta el jardín; papá despertó vivamente su interés, refiriéndole que aquella misma mañana me había puesto moño alto para aparentar más edad. No se echó esto en saco roto; hoy sé que Monseñor no habla a nadie de su *hijita* sin contar la historia del peinado. Confieso que hubiera preferido que esto quedara en secreto. El señor Vicario General nos acompañó hasta la puerta, diciendo que jamás se había visto un caso semejante al nuestro: un padre tan impaciente por ofrecer su hija a Dios como ésta en consagrarse a El.

47. Tuvimos, pues, que emprender la vuelta a Liesieux sin haber obtenido respuesta favorable. Mi porvenir me parecía deshecho para siempre; cuanto más se aproximaba el término, más se embrollaban mis asuntos. Con todo, siempre conservé en el fondo de mi alma una paz inalterable, porque buscaba tan sólo la voluntad de Dios.

CAPITULO VI

VIAJE A ROMA.—AUDIENCIA DE S. S. LEON XIII RESPUESTA DEL SEÑOR OBISPO DE BAYEUX TRES MESES DE ESPERA

1. Tres días después de mi visita a Bayeux, emprendí otro viaje mucho más largo: el de la Ciudad Eterna. Demostróme este último viaje la nada de todas las cosas pasajeras. A pesar de ello, pude contemplar espléndidos monumentos y maravillas del arte y de la religión; sobre todo pisé la misma tierra que habían pisado los santos Apóstoles, la tierra regada con la sangre de los mártires, dilatándose mi alma al contacto de las cosas santas.

2. Muy satisfecha estoy de haber ido a Roma; pero comprendo que algunas personas supusieran que emprendía mi padre aquel viaje con objeto de desviarme de mis ideas de vida religiosa. Verdaderamente, había motivos para quebrantar una vocación poco segura.

3. En primer lugar, nos encontramos Celina y yo en medio de personas de la más selecta y elegante sociedad, de la cual se componía casi exclusivamente la peregrinación. ¡Ah, aquellos títulos de nobleza, en vez de deslumbrarnos, nos parecieron humo vano! Claramente comprendí las palabras de la *Imitación*: «No persigáis esa vana sombra que en el mundo llaman un gran nombre». Comprendí que la verdadera grandeza se halla, no en el nombre, sino en el alma.

Dice el Profeta que *el Señor dará OTRO NOMBRE a sus elegidos*; y leemos en el Apocalipsis: *El vencedor re-*

cibirá una piedra blanca sobre la cual estará escrito un NOMBRE NUEVO, desconocido de todos, excepto de aquel que le recibe. En el cielo, pues, sabremos nuestros títulos de nobleza. Allí *recibirá cada cual de Dios la alabanza merecida*, y el que, por amor a nuestro Señor, haya preferido ser en la tierra el más pobre y el más desconocido, será el primero, el más noble y el más rico.

4. La segunda cosa de que me di cuenta se refería a los sacerdotes. Hasta entonces me había sido imposible comprender el fin principal de la reforma del Carmen; rogar por los pecadores me embelesaba; pero irogar por los sacerdotes, cuyas almas me figuraba más puras que el cristal, me parecía muy extraño! En Italia comprendí mi vocación; ino era ir demasiado lejos a buscar tan útil conocimiento!

En el espacio de un mes traté a muchos santos sacerdotes; entonces vi que si su dignidad sublime los eleva sobre los ángeles, no por eso dejan de ser hombres débiles y frágiles. Por tanto, si sacerdotes santos a quienes llama Jesús en el Evangelio *sal de la tierra*, muestran que tienen necesidad de oraciones, ¡qué diremos de los tibios! ¿Por ventura no son también de Jesús aquellas palabras: *Si la sal se vuelve sosa, con qué se la sazonará?*»

5. ¡Oh, Madre mía, qué hermosa es nuestra vocación! A nosotras, al Carmen, corresponde conservar la sal de la tierra. Ofrecemos nuestros sacrificios y oraciones por los apóstoles del Señor; nosotras mismas debemos ser sus apóstoles, mientras evangelizan ellos con sus palabras y ejemplos a las almas de nuestros hermanos. ¡Qué misión tan noble es la nuestra! Mas me detengo, porque tratando este tema no se pararía jamás mi pluma...

* * *

6. Le referiré mi viaje, amada Madre mía, con algunos detalles:

El 4 de noviembre, a las tres de la mañana, atravesábamos la ciudad de Lisieux, sepultada aún en las sombras de la noche. Mil impresiones pasaron por mi alma; sentíame ir hacia lo desconocido, sabía que me esperaban allá grandes cosas.

7. Al llegar a París, nos hizo visitar papá todas las maravillas que encierra; en cuanto a mí, sólo encontré una: *Nuestra Señora de las Victorias*. Me sería imposible explicar lo que sentí en su bendito santuario. Las gracias que me concedió, por la paz y la felicidad que inundaron mi alma, se parecían a las de mi Primera Comunión...

Allí me dijo claramente mi Madre la Virgen María, que era ella la que me había sonreído y sanado. ¡Con cuánto fervor la supliqué que me guardara siempre y realizara mis propósitos, cobijándome bajo la sombra de su manto virginal! Le pedí además que alejara de mí todas las ocasiones de pecado, porque no ignoraba que encontraría durante mi viaje muchas causas de perturbación. No conocía el mal y temía descubrirlo; no había experimentado que *todo es puro para los puros*, que el alma recta y sencilla no ve mal en nada, porque el mal sólo se aloja en los corazones impuros, y no en los objetos insensibles. Me encomendé también a San José, cuya devoción fue siempre inseparable del amor que consagré a la Virgen Santísima desde mi infancia. Diariamente rezaba la oración: «¡Oh, San José, padre y protector de las vírgenes!» Me parecía, pues, estar bien protegida y resguardada de todo peligro.

8. Salimos de París el 7 de noviembre, después de consagrarnos al Sagrado Corazón en la basílica de Montmartre. Como se tratase de poner cada departamento del vagón bajo la advocación de un Santo, convínose en conceder este honor a alguno de los sacerdotes que viajaban en él, ya adoptando su patrono, ya el de su parroquia.

Al llegar el turno al nuestro, oímos que, en presencia

de todos los peregrinos, le llamaban *San Martín*. Papa agradeció mucho esta delicada deferencia, e inmediatamente fue a darle las gracias al Director de la Peregrinación, Monseñor Legoux, Vicario General de Coutances. Desde entonces mucha gente no le llamaba de otro modo que *el señor San Martín*.

9. El Reverendo señor Révérony observaba atentamente todas mis acciones; notaba yo que me vigilaba continuamente, hasta en la mesa; si no me sentaba frente a él, encontraba modo de inclinarse para verme y oírme. Creo que debió quedar satisfecho de su examen, pues al final del viaje pareció bien dispuesto en favor mío. Y digo *al final*, porque en Roma pensó en todo menos en servirme de abogado, como más adelante explicaré.

* * *

10. De camino para Roma, atravesamos Suiza, con sus altas montañas, cuyas nevadas cimas se pierden en las nubes, con sus cascadas y sus profundos valles cubiertos de helechos gigantes y de rosados brezos.

11. ¡Oh, amadísima Madre mía, cuánto bien hicieron a mi alma aquellas bellezas naturales prodigadas con tanta profusión! ¡Cómo me elevaron hacia Aquel que se ha complacido en derrochar tales obras maestras en un lugar de destierro que sólo ha de durar un día!

A veces escalábamos la cumbre de las montañas, contemplando con frecuencia a nuestros pies los profundos e insondables precipios que parecían querer engullirnos. Ora atravesábamos un pueblecito precioso, con sus *chalets* y su lindo campanario, encima del cual se balanceaban suavemente ligeras nubecillas; ora admirábamos un vasto lago, de tranquilas y transparentes ondas, cuyo tinte azulado se mezclaba con los dorados resplandores del sol poniente.